

JENNIE FIELDS

LAS LEYES
DE LA
ATRACCIÓN

*Amor, deseo, traición.
Su elección puede salvar un país.*




ESPASA

JENNIE FIELDS
LAS LEYES DE LA ATRACCIÓN

Traducción de Milo J. Krmpotić



Título original: *Atomic Love*

© Jennie Fields, 2021

Publicado de acuerdo con G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-670-6234-2

Depósito legal: B. 3.906-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CHICAGO, 1950

1

Aún con el tacto cálido de la ciudad sobre su cuerpo, Rosalind se quita las medias y las mete en el lavabo junto con un puñado de carbonato sódico. Es una costumbre que adquirió durante los años de la guerra. Logró sobrevivir entre 1942 y 1944 con dos pares incondicionales de medias porque los trató como si fueran unas orquídeas extrañas. Dios. Conoció a chicas que tenían que pintarse una línea a lo largo del dorso de la pierna porque se les había roto el último par y no podían comprarse uno nuevo. Unas líneas que a las dos de la tarde ya estaban corridas como el lápiz de labios al final de un beso desesperado.

Una no se deshacía así como así de las sensaciones de la guerra, el racionamiento, el terror a abrir el periódico cada mañana y encontrarse con las dramáticas noticias. Rosalind no olvidará nunca la punzada que sintió en la garganta al ver a su vecino de al lado llorando mientras cambiaba la estrella azul de su bandera de hijos en servicio por otra dorada. En su familia no había hijos varones, pero tanto Louisa como ella aportaron su granito de arena. Durante un tiempo, Louisa estuvo puliendo los torpedos de una fábrica militar. Y se podría decir que lo que hizo Rosalind sirvió para que la guerra terminara por fin. Pero ella sabe que también se trata de algo que la perseguirá hasta el día de su muerte.

En la actualidad, Rosalind se encuentra al otro lado del mostrador de la tienda de joyas antiguas y de segunda mano de los grandes almacenes Marshall Field, donde se encarga de clasificar y vender las joyas. Hay vidas entramadas en los artefactos con los que comercia: la trenza perfecta del cabello plateado de la madre de alguien remetida tras el óvalo de cristal de la parte trasera de un broche victoriano. El anillo en el que reluce una hilera de gemas —una esmeralda, una serafinita, una turquesa, una iolita, una malaquita y una ágata— cuyas iniciales deletrean la palabra «estima». Los hombres de la época georgiana le regalaban esos anillos a la mujer a la que amaban pero con la que no podían casarse. Rosalind no dejaba de preguntarse qué tipo de persona luciría la prueba de un amor que jamás iba a tener por completo.

Ella es una científica. Después de la guerra, los soldados que regresaban les arrebataron a las mujeres los puestos de importancia. «Ya puedes irte. Hemos vuelto.» Aunque lo más probable era que hubiera perdido su posición por más que las cosas no se hubieran torcido con Weaver, lo cual tampoco significa que no eche de menos los días que pasó en el laboratorio.

Esta noche, al salir de Marshall Field para volver a casa, triste y cansada, ha pasado junto a un hombre extraordinariamente alto que estaba apoyado contra la cristalera de ¡JOLGORIO ESTIVAL! Él la ha mirado con unos increíbles ojos azules. Lo ha vuelto a ver en Wabash. Cuando ha cruzado Erie ahí estaba él, con el sombrero de fieltro calado sobre el entrecejo, apresurándose antes de que el semáforo se pusiera en rojo. Los hombros anchos. De apariencia imponente, con una zancada resuelta. Ha sido entonces cuando Rosalind se ha dado cuenta de que llevaba la muñeca izquierda pegada a las

costillas, igual que una mujer que carga con su bolso para impedir que se lo roben. ¿Una herida de guerra, quizá? Él debe de haberla seguido hasta Lake Shore Drive porque, cuando ha llegado a la entrada de su edificio y se ha dado la vuelta para mirar calle abajo, ha entrevisto el destello azul de unos ojos que la observaban desde la acera de enfrente.

Frank, el portero, la ha hecho pasar.

—Señorita Porter. Es la mejor época del año, ¿verdad?

Quizá el tipo simplemente seguía el mismo camino que ella, y se haya tratado de una coincidencia. Durante la guerra, los hombres solían flirtear con ella hasta que descubrían a qué se dedicaba. La inteligencia siempre ha mitigado su atractivo. Ahora que ha cumplido treinta años y continúa siendo soltera, la gente ha comenzado a decir de ella que es «bien parecida». Rosalind odia esa maldita expresión. Que un extraño la hubiera encontrado atractiva le serviría para reforzar su autoestima. Su mayor miedo es el de convertirse en *esa* mujer: la que vive sola, aquella en la que nadie repara cuando camina por la calle. Una mujer que se haya vuelto invisible, desdñable. «Pobre señorita Porter. Nunca disfrutó de la vida.»

Abre de par en par todas las ventanas del salón para invitar a que la brisa del lago entre en su hogar. No importaba adónde tuviera que viajar por motivos de trabajo (y por Weaver, que Dios la ayude) —Tennessee, Washington, los desiertos de Nuevo México—, porque siempre se moría de ganas de regresar a aquel apartamento frente al lago reluciente, sus veleros y sus rascacielos.

Se quita la blusa, se desabrocha el sostén y deja que la

brisa le enfríe la piel sudorosa. Como vive en el decimoveno piso, de cara al agua, no hay nadie que pueda verla. Se desnuda así cada noche sofocante: es un ritual que le permite vestirse momentáneamente con el fresco aliento del lago. Los pezones se le endurecen con la corriente. El pelo se le despega de los hombros. En su día fue una mujer sensual, una mujer que había aprendido a buscar el placer. Ese era su secreto. Y su deseo no se ha detenido, pero sí los medios para satisfacerlo. Entre sus pechos desnudos cuelga la cadena que Weaver le dio mucho tiempo atrás, en la que se balancea una caja diminuta de oro y platino. Ha rechazado todo cuanto perteneció a Weaver menos esa antigüedad que él se trajo de Inglaterra. La caja en miniatura cuenta con una tapa que se puede abrir. En su interior esconde un jirón de pergamino con la palabra «Paciencia» escrita en tinta de un color marrón desleído. Debería renunciar a ese collar. Debería olvidarse de Weaver para siempre. Lucir esa baratija no la hace mucho mejor que aquellas mujeres que conservaban sus anillos de «estima». Pero lo que debería hacer y lo que es capaz de hacer son a menudo las dos incógnitas de una ecuación irresoluble.

Tras haber perdido su empleo en el Proyecto, ahora a duras penas puede juntar el dinero suficiente para pagar el apartamento de Lake Shore Drive que alquiló cuando se dejó llevar por unos ambiciosos sueños. Se había introducido en los niveles más elevados de la ciencia. Enrico Fermi, premio Nobel, era su mentor y creía en ella, contaba con ella. Había convertido a su estimada alumna en un activo. Y durante un tiempo ella pudo nadar en las cálidas aguas del descubrimiento elemental, ganando en todo momento más dinero del que la mayoría de las mujeres podrían llegar a esperar. La deslumbrante

vista desde el apartamento, su pulcra cocina a la última moda, el portero y la cafetería dentro del edificio le recordaban que durante una época dejó de ser una chica normal. Ahora siente que vuelve a ser normal, pero al menos su actual empleo no acabará asesinando a más de ciento cincuenta mil personas.

El teléfono suena en mitad de la cena. Dado que se ha tomado la molestia de cocinar una chuleta de cerdo, por fina y triste que le haya quedado, no piensa atender el maldito aparato. Más tarde, cuando ya ha lavado los platos y se ha dado un baño, el teléfono suena de nuevo. Sabe de quién se trata. Louisa nunca llama más tarde de las nueve. Sus amigas están demasiado agotadas a causa de sus hijos como para llamar a esa hora. Zeke, su mejor amigo, está fuera de la ciudad. Nota cómo aprieta la mandíbula. Podría optar por no responder. Pero la científica curiosa que hay en su interior no puede tolerar que una pregunta o un teléfono se queden sin responder.

—¿Diga?

—Rosalind.

Recibe la voz meliflua, el nítido acento británico, como un puñetazo en las entrañas. Ha llamado ya tres veces esta semana.

—Roz, ¿estás ahí?

—¿Qué quieres? —le pregunta.

—A ti.

Siente náuseas. Él representa todo lo que ella aborrece. Y todo lo que anhela.

—Weaver, déjame tranquila. Lo digo en serio.

—Escúchame. Necesito que me prestes atención.

Hace poco comenzó a llamarla de nuevo. Después de

cuatro años de silencio. Después de robarle el tiempo en el que ella podría haber encontrado un marido. Después de robarle su carrera.

Oye que él respira hondo.

—Roz, estuvimos tan unidos como podrían estarlo dos personas. Cuando estoy contigo soy mejor persona. Y sé que tú eras mejor a mi lado. Por favor, dime que nos veremos.

—No.

—Solo una vez. Para que pueda explicarte...

—¿Qué es exactamente lo que podrías explicarme?

—Lo que sucedió.

—Eso ya no importa. —Pero por supuesto que importa—. Me dijiste que no volviera a hablar contigo. Asumí que lo decías en serio.

—No. ¡No! Voy a explicártelo todo. Escucha, este es mi número. Cuando salí de Los Álamos desconecté el teléfono y perdí mi antiguo número. Por favor, anota el nuevo. ¿Tienes un bolígrafo?

No, y tampoco tiene intención de buscar uno.

—Hyde Park 3-5806. ¿Lo tienes? —Repite los números de forma deliberada, casi hipnótica—. Lo voy a decir una vez más. Ya sé cómo funciona tu memoria. Hyde Park 3-5806. Llámame.

Más tarde, tumbada en la cama, el prefijo y los números juegan dentro de su cerebro: son un estribillo envenenado.

En el laboratorio, los hombres se llamaban entre ellos por sus apellidos. Así que ella se acostumbró a llamarle Weaver. Ojos de color avellana que constantemente cambiaban de tonalidad, un impresionante cabello castaño y

un hoyuelo en el mentón a lo Cary Grant. Era la caricatura de un hombre atractivo. Él lo sabía, y eso era lo que más le desagradaba a ella. Su arrogancia. Su seguridad. Desde el principio fue consciente de que a aquel hombre le gustaba coquetear, y no solo con ella. La elegancia de su acento habría entusiasmado a cualquier chica. Weaver fue reclutado en la Universidad de Cambridge para unirse al Proyecto Manhattan, en Nueva York. Fermi se lo trajo a Chicago al año de que Rosalind comenzara a trabajar en el laboratorio.

Cuando le preguntó si le gustaba la ciudad, él contestó: «No me importa el lugar donde esté siempre y cuando trabaje en algo importante». Ella quería que él apreciara Chicago, que cayera bajo su fuerza, que reparara en su arquitectura y en el paseo frente al lago. Le dijo que era la ciudad definitiva de Estados Unidos. El corazón del país. Lo que sí apreció fue la comida y las artes. «Aquí hacen unos bistecs estupendos, lo admito.» Pero era un hombre que vivía en las colinas y valles de sus ecuaciones y teorías, que vivía para demostrar que tenía la razón.

La ciencia siempre les proporcionaba algún tema sobre el que hablar. A Weaver y a ella les encantaba discutir sobre las fuentes de neutrones. ¿Se había apartado Fermi del berilio en polvo demasiado pronto? Ella pensaba que sí. Él que no. ¿Y qué había de ese nuevo elemento secreto, el plutonio, que se obtenía bombardeando el uranio-238?

—Ahí está nuestro futuro —dijo ella.

—Es demasiado difícil de producir.

—Eso es lo que crearemos en el campamento de Hanford. Te apuesto mil dólares.

—Preferiría que fueran mil cenas juntos. —Weaver

estiró el brazo para sellar el trato y a continuación se llevó la mano de ella a los labios. Aún le debe años de cenas.

Rosalind tenía su propia visión de lo que deseaba obtener del proyecto. Sabía que al perforar un solo átomo de uranio se generaba una energía unos tres millones de veces superior a la de los combustibles fósiles. Si la controlaban y canalizaban, podrían darle un uso constructivo, calentando ciudades y alimentando máquinas de manera limpia y con una disponibilidad eterna. Pero, cuando compartió esa idea con Weaver, él le sonrió con aire de suficiencia.

—Duquesa, los nazis están trabajando en un arma atómica. En este mismo instante, en sus pequeñas guaridas, mientras se atusan el bigote. Ahora nadie piensa en otra cosa que no sea la guerra. Estamos entregados a la autodefensa, pura y simplemente.

Ella se molestó, pero no se sorprendió. Cuando observaba a los hombres que la rodeaban, le perturbaba lo mucho que disfrutaban de la guerra, la manera en que aquel conflicto parecía sacudirlos y darles la vida. Marcaban los árboles, intentaban demostrar que tenían la razón, se derrotaban entre sí. ¿La capacidad de extraer energía de un átomo... estaría segura alguna vez en esas manos masculinas?